



RIMAS

De Frey
Lope Felix de Vega Carpio

1604

En noviembre de 1602, emparedada entre *La hermosura de Angélica* y *La Dragontea*, aparecía en la madrileña imprenta de Pedro Madrigal una colección de sonetos: el primer poemario sin argamasa narrativa que Lope publicaba a su nombre.

El público debió de acoger favorablemente la colección de doscientos sonetos porque Lope se decidió a publicarlos, sin los poemas épicos, y acompañados de una «Segunda parte», compuesta por églogas, epístolas, epitafios. Esta nueva edición vio la luz en Sevilla en 1604, enmendaba en ciertos detalles los sonetos publicados en 1602 y reordenaba con buen tino algunos de ellos.

Los doscientos sonetos recorren, desordenadamente y con incrustaciones de otros asuntos, el itinerario obligado de los *canzonieri* petrarquistas, representando, dentro de la producción de Lope, la gran influencia de la poesía italiana del Renacimiento, dejando ya entrever, el advenimiento del género barroco, de carácter profundamente nacional y popular.

Rimas (1602)



Versos de amor, conceptos esparcidos,
engendrados del alma en mis cuidados,
partos de mis sentidos abrasados
con más dolor que libertad nacido

Expósitos al mundo, en que perdidos,
tan rotos anduvisteis y trocados,
que sólo donde fuisteis engendrados
fuéranse por la sangre conocidos

5

Pues que le hurtáis el laberinto a Creta,
a Dédalo los altos pensamientos,
la furia al mar, las llamas al abismo,

10

si aquel áspid hermoso no os aceta,
dejad la tierra, entretener los vientos:
descansaréis en vuestro centro mismo.



Cuando imagino de mis breves días
 los muchos que el tirano amor me debe,
 y en mi cabello anticipar la nieve
 más que los años, las tristezas mía

veo que son sus falsas alegrías 5
 veneno que en cristal la razón bebe,
 por quien el apetito se le atreve,
 vestido de mil dulces fantasías

¿Qué hierbas del olvido ha dado el gusto 10
 a la razón, que sin hacer su oficio
 quiere contra razón satisfacelle?

Mas consolarse quiere mi disgusto,
 que es el deseo del remedio indicio,
 y el remedio de amor querer vencelle.

— III —

Cleopatra a Antonio en oloroso vino
dos perlas quiso dar de igual grandeza,
que por muestra formó naturaleza
del instrumento del poder divin

Por honrar su amoroso desatino, 5
que fue monstruo en amor como en belleza,
la primera bebió, cuya riqueza
honrar pudiera la ciudad de Nino

Mas no queriendo la segunda Antonio, 10
que ya Cleopatra deshacer quería,
de dos milagros reservó el segundo.

Quedó la perla sola en testimonio
de que no tuvo igual hasta aquel día,
bella Lucinda, que naciste al mundo.

— IV —

Era la alegre víspera del día,
que la que sin igual nació en la tierra,
de la cárcel mortal y humana guerr
para la patria celestial salí

y era la edad en que más viva ardía 5
la nueva sangre que mi pecho encierra,
cuando el consejo y la razón destierra
la vanidad, que el apetito guía

cuando Amor me enseñó la vez primera 10
de Lucinda en su sol los ojos bellos,
y me abrasó, como si rayo fuera.

Dulce prisión, y dulce arder por ellos,
sin duda que su fuego fue mi esfera,
que con verme morir descanso en ellos.

— V —

Sirvió Jacob los siete largos años,
 breves, si el fin cual la esperanza fuera;
 a Lía goza y a Raquel esper
 otros siete después, llorando engaños

Así guardan palabra los extraños: 5
 pero en efecto vive, y considera
 que la podré gozar antes que muera
 y que tuvieron término sus daños.

Triste de mí, sin límite que mida 10
 lo que un engaño al sufrimiento cuesta,
 y sin remedio que el agravio pida

Ay de aquel alma a padecer dispuesta,
 que espera su Raquel en la otra vida,
 y tiene a Lía para siempre en esta

— VI —

Al sepulcro de amor, que contra el filo
del tiempo hizo Artemisia vivir claro,
a la torre bellísima de Faro
un tiempo de las naves luz y asilo

al templo Efesio de famoso estilo, 5
al Coloso del sol, único y raro,
al muro de Semíramis reparo,
y a las altas Pirámides del Nilo

en fin, a los milagros inauditos, 10
a Júpiter Olímpica, y al templo,
Pirámides, Coloso y Mauseolo

y a cuantos hoy el mundo tiene escritos,
en fama vence de mi fe el ejemplo,
que es mayor maravilla mi amor solo

— VII —

Estos los sauces son, y ésta la fuente,
los montes éstos, y ésta la ribera,
donde vi de mi sol la vez primer
los bellos ojos, la serena frente

Este es el río humilde y la corriente, 5
y ésta la cuarta y verde primavera,
que esmalta el campo alegre, y reverber
en el dorado Toro el sol ardiente

Árboles, ya mudó su fe constante; 10
mas, ¡oh gran desvarío!, que este llano,
entonces monte le dejé sin duda

Luego no será justo que me espante
que mude parecer el pecho humano,
pasando el tiempo que los montes muda

— VIII —

De hoy más las crestas sienes de olorosa
verbena y mirto coronarte puedes,
juncoso Manzanares, pues excedes
del Tajo la corriente caudalosa.

Lucinda en ti bañó su planta hermosa, 5
bien es que su dorado nombre heredes,
y que con perlas por arenas quede
mereciendo besar su nieve y rosa

Y yo envidiar pudiera su fortuna, 10
mas he llorado en ti lágrimas tantas,
(tú buen testigo de mi amargo lloro)

que mezclada en tus aguas pudo alguna
de Lucinda tocar las tiernas plantas,
y convertirse en tus arenas de oro

— IX —

Tu ribera apacible, ingrato río,
y las orillas que en tus ondas bañas,
se vuelven peñas cóncavas y extrañas,
y fuego tu licor sabroso y frío.

Abrase un rayo tu frescor sombrío, 5
los rojos lirios y las verdes cañas,
niégunte el agua sierras y montañas
y sólo te acompañe el llanto mío

Hasta la arena, que al correr levantas, 10
se vuelvan fieros áspides airados;
mas, ¡ay cuán vana maldición esperas!

Que cuando en ti mi sol baño sus plantas,
con ofenderla tú, dejó sagrados
lirios, orilla, arena, agua y riberas

—X—

Cuando pensé que mi tormento esquivo
hiciera fin, comienza mi tormento,
y allí donde pensé tener contento,
allí sin él desesperado vivo.

Donde enviaba por el verde olivo, 5
me trujo sangre el triste pensamiento;
los bienes que pensé gozar de asient
huyeron más que el aire fugitivo

Cuitado yo, que la enemiga mía, 10
ya de tibieza en hielo se deshace,
ya de mi fuego se consume y arde

Yo he de morir, y ya se acerca el día,
que el mal en mi salud su curso hace
y, cuando llega el bien, es poco y tarde

— XI —

A don Luis de Vargas

Cuando la madre antigua reverdece,
bello pastor, y a cuanto vive, aplace,
cuando en agua la nieve se deshace
por el sol, que el Aries resplandece,

la hierba nace, la nacida crece, 5
canta el silguero, el corderillo pace;
tu pecho, a quien su pena satisface
del general contento se entristece

No es mucho mal la ausencia, que es espejo 10
de la cierta verdad o la fingida;
si espera fin, ninguna pena es pena

¡Ay del que tiene por su mal consejo
el remedio imposible de su vida
en la esperanza de la muerte ajena!

— XII —

A Micaela de Luján, su amante

Así en las olas de la mar feroces,
Betis, mil siglos tu cristal escondas,
y otra tanta ciudad sobre tus ondas
de mil navales edificio goces.

Así tus cuevas no interrumpan voces, 5
ni quillas toquen, ni permitan sondas;
y en tus campos tan fértil correspondas
que rompa el trigo las agudas hoces

Así en tu arena el indio margen rinda, 10
y al avariento corazón descubras
más barras que en ti mira el cielo estrellas

Que si pusiere en ti sus pies Lucinda,
no por besarlos sus estampas cubras,
que estoy celoso, y voy leyendo en ellas